

CONCURSO INTERNACIONAL DE POESÍA

“TRILCE” 2023

CONVERSACIÓN

CON CÉSAR

VALLEJO SOBRE

LA CIUDAD

Seudónimo: *El vigía*

CONVERSACIÓN CON CÉSAR VALLEJO SOBRE LA CIUDAD

*En el rincón aquel, donde dormimos juntos
tantas noches, ahora me he sentado a caminar.*

CÉSAR VALLEJO

Mañana sería el frío y la ciudad sobreviviría a todo como una imagen repetida en el corazón de los que van cruzando la niebla. En la calle donde naciste encuentro la soledad que nos ronda, pero la casa sería otra, y los habitantes ya no estarán esperando el fin de siglo; hasta la cerca perimetral será diferente como esa sonrisa ante las detonaciones. Mínima sombra. Mínima sombra. En la sajadura que nos golpea el corazón, también he visto olvidos mayores, en la intemperie, donde queda la imagen que has sacado, Cesar Vallejo, para que la desembocadura sea el país mismo, la bocanada del tiempo, el dolor en los huesos del que lleva su país a cuesta. Nadie se resiste. Nadie dice lo que debe porque estamos llenos del vacío, que es como la duda. Algo terrible pasa o está pasando, como una carreta de caballos rompiendo la tarde, y en el entumecimiento del que está arriba también otros cabalgan con sus historias más breves. Otra vez. Otra vez. Como el vencido que ha querido retener para sí un tiempo circular, de gestas reiteradas y no se percató de lo que llevamos en las manos, y es un cuerpo muerto, una novedad del cuerpo, un salir contra las trifurcas de otros, la sanidad de lo que va oscureciendo y donde el patibulario juega solo. Cesar Vallejo, no tengo obeliscos que dar, no tengo cura para esos versos que nos impone la transparencia, el sigilo

de la transparencia. La simetría de estas comarcas a la diestra de Dios. Ubicua tempestad es la tempestad ubicua. La sajadura del poema que no ha terminado hasta la reiteración de lo que quisimos como una sobrevida que no quisimos, la negación del que estaba en la calle, del que nos pasó de largo, la negación de los escupideros, de los que van corriendo buscando la gaviota y no ese zepelín de ausencias, la vorágine de los hombres que no amaron, que no tenían corazón, César Vallejo. Pero el corazón estaba donde la ciudad. Pero el corazón estaba donde la ausencia. Estaba incluso sobre las cosas más cercanas al poeta, porque todo poeta tiende a secuestrar la ciudad, en la medida que escapa, aunque vaya perdiendo el corazón sobre las cenizas. Pero el corazón estaba donde el corazón y nadie se percató del dolor que tenía, de la miseria con la que poblaron sus noches, mientras alguien martillaba en su interior y el corazón estaba ante nuestros ojos. Tendría acaso lógica resucitar. Tendría acaso lógica resucitar. Sentir que la guillotina está dispuesta en el medio de la ciudad y no ha sido suficiente la muerte ajena que nos ronda, la pregunta que alguna vez hicieron por llevar las palabras que también se niegan como lo extraño, como el salvoconducto de lo extraño y uno ve caer la guillotina, todo por sentir el frío de los que han perdido la cabeza. Ahora que hicimos del país unas latas vacías. Alguien cruza los dedos para hacer señas al poeta, señas al que barre los contenes, al que pulula por estos sitios donde han puesto un maniquí. El maniquí es el mejor testigo. Pero no dirá nada y nunca va a tener vergüenza de estos contornos. Incluso si le sacan las vísceras será un acto de

grandeza. César Vallejo. César Vallejo. El amante se ha ido con sus predicciones. En la maleza los que iban cantando tuvieron suerte y la ciudad volvió a ser la misma, pero los peces habían quedado en la orilla, secuestrados por la falta de amor. Era como si el corazón no aguantara la sobredosis. Entrecortado es el vino. Entrecortado es el vino. Cesar Vallejo, y si me quitara la vida ante estos consortes que nadie quiere, ante estos espasmos que se sufren. Cállate. No veas que el poema se reduce al país, salva esta imagen y ve corriendo para llegar a los que cuentan, a los que llevan su pulmón roto y dicen buscar un segundo aire. Justo aquí hay una franja que dicen divide el mundo, pero he visto también una luz que cae en la frente y resulta un signo de los muertos, una arrogancia que no puedo decirte con claridad.

Mientras se entreabre un espectáculo, éramos seculares, pero teníamos las manos con las mismas heridas y sentía que era yo un protector de toda la ciudad que pasaba, de todos los muros, de todas las ruinas y ensueños, César Vallejo, como si fuera este un lastre para seguir al que tira de la guillotina y corre por su suerte después.

Espasmo. Espasmo. Con *Trilce*, mi querido Vallejo, vendrían los lunáticos para contar lo que es el amor sangrante, la luna que ha caído, el sueño que ya no guardan estas vidrieras del absurdo. La utopía del que clavetea su discurso en la otra calle porque hay semáforos donde hay tumbas en los mares. Desiertos donde hay una ciudad sin nombre, un aberrante cartel que indica la salida y la entrada cuando nadie visita el país. Pero no digas que no hay país, no digas. También, “no será lo que aún no haya venido, sino lo que ha llegado y ya se ha ido, sino lo

que ha llegado y ya no se ha ido". Es decir, estamos hablando de lo que no va a ser nunca lo que ha sido, en otro instante donde ha sido lo que otros han edificado, pero sin pensarlo, sin negarlo, como lo que ha sido a la vez. La tumba abierta a los ojos del otro. La tumba abierta a los ojos del otro. Es vital abrir los ojos a esos carruajes imperfectos, a lo perenne que resulta llegar a la ciudad y que nadie recibe la noticia, que nadie abra los brazos para conminarte a subir la acera más próxima. Es todo como la nulidad de lo que pasa, y nadie responde. Quizás, César Vallejo, tendríamos que desdoblar la imagen del héroe que nadie reconoce con extrañeza, como si la mirada estuviera perdida entre paréntesis y paréntesis, acabado por el recuerdo y la duda. Es demasiada la duda. Es demasiado el tiempo que cae sobre estos años y nos llena de lágrimas, de suspiros, de ropa vieja sobre las tendederas de edificios colindantes que no volveremos a ver, que aquí todo está perdido en su interior, en sus cardúmenes. La ciudad de los cardúmenes. La ciudad. Después pasó un carruaje de caballos y sentía que pasaba Cesar Vallejo en esta ciudad donde nadie retorna. Sentí la pena de los que no estaban como si fuera una utopía salir a las doce en punto con tus versos, lleno de aproximaciones. El país está lleno de aproximaciones. Y qué hago César, Vallejo, César, Vallejo, que no aparece en esta mísera esquina del mundo un poeta para salvarme de la penitencia, pues *"en el rincón aquel, donde dormimos juntos tantas noches, ahora me he sentado a caminar"*.